

Capítulo uno

Jesse Oliver Aarons, júnior

Bruuum, bruum, bruum, ruuum, rum, rum. Bien. Su papá había encendido la pickup. Ahora ya podía levantarse. Se deslizó fuera de la cama y se metió dentro de su overol. No se ocupó de ponerse una camisa porque una vez que comenzara a correr, se pondría tan caliente como aceite hirviendo aunque el aire de la mañana estuviera frío; tampoco se preocupó por ponerse zapatos porque las plantas de sus pies estaban tan duras como las suelas de sus gastados tenis.

—¿Adónde vas, Jess? —preguntó May Belle, incorporándose soñolienta de una de las literas donde dormía con Joyce Ann.

—Shhhh —la previno.

Las paredes eran muy delgadas. Mamá se enojaría más que una mosca metida en un frasco si la despertaban a semejante hora.

Le acarició el pelo a May Belle y jaló la arrugada sábana hasta su pequeña barbilla.

—Aquí nada más, al campo de las vacas —murmuró.
May Belle sonrió y se acurrucó bajo la sábana.

—¿Vas a correr?

—A lo mejor.

Claro que iba a correr. Se había levantado temprano todos los días del verano para ir a correr. Imaginó que si se aplicaba —y vaya que sí se había esmerado— podría llegar a ser el corredor más rápido de quinto año cuando empezaran las clases. Tenía que ser el más rápido. No uno de los más rápidos, ni estar cerca de los más rápidos, sino el más rápido. El mejor de los mejores.

De puntitas, salió de la casa. El lugar estaba tan ruidoso que rechinaba y crujía cada vez que daba un paso, pero Jesse había descubierto que si caminaba de puntas, el ruido que se producía era como un quejido y podía salir sin despertar a mamá o a Ellie, o a Brenda o a Joyce Ann. Con May Belle era distinto. Iba a cumplir siete y lo adoraba, lo cual, a veces, estaba bien. Cuando eres el único niño apachurrado entre cuatro hermanas y las dos más grandes te menosprecian desde que ya no dejaste que te vistieran y te pasearan dentro de su carriola de muñecas, y la más chiquita llora si la miras haciendo bizcos, es lindo que alguien te adore. Aunque a veces te resulte incómodo.

Comenzó a trotar mientras atravesaba el patio. El aliento le salía a bocanadas. Frío, para ser agosto. Pero todavía era temprano. Para mediodía, cuando mamá ya lo hubiera puesto a trabajar, estaría caluroso.

La señorita Bessie lo miró con ojos soñolientos mientras él saltaba sobre un montón de chatarra, brincaba la cerca y se metía en el campo de las vacas.

—Muuuuu —dijo, mirándolo como si fuera otra May Belle, con sus grandes ojos cafés y tristonos.

—Hola, Bessie —dijo Jess con voz tranquilizadora—, duérmete otra vez.

La señorita Bessie caminó hacia un tramo verdoso —casi todo el campo era parduzco y seco— y arrancó un bocado de hierba.

—Ésa es mi Bessie. Come tu desayuno y no me hagas nada de caso.

Siempre comenzaba en la esquina noroeste del campo, inclinado como los corredores que había visto en los noticiarios deportivos de la tele.

—¡Pum! —dijo, y salió volando a dar vueltas alrededor del campo de las vacas.

La señorita Bessie caminó lentamente hacia el centro, siguiéndolo aún con su mirada tristonera, masticando lentamente. No parecía ser muy lista, ni siquiera para ser una vaca, pero era lo suficientemente sensata como para apartarse del camino de Jess.

Su pelo color paja le golpeaba la frente, y sus brazos y piernas se movían por todos lados. Nunca había aprendido a correr como se debe, pero sus piernas eran largas para ser un niño de diez años y nadie tenía más resistencia que él.

A la escuela Lark Creek le hacía falta todo, especialmente equipamiento deportivo, así que en el recreo, después del almuerzo, los niños de años superiores se quedaban con las pelotas. Aunque un chico de quinto comenzara el recreo con una pelota, seguro que ésta terminaba en las manos de un niño de sexto o de secundaria antes de que finalizara la hora. Los niños mayores siempre se apoderaban de la parte superior del campo seco para jugar a la pelota, mientras que las niñas se quedaban con la pequeña parte para jugar avión, saltar la cuerda y platicar. Por eso, los niños más pequeños comenzaron con el asunto de correr. Se formaban en fila en la parte más alejada del campo de abajo, donde estaba lleno de lodo o había profundos surcos costrosos. Earle Watson no era bueno para correr, pero tenía una bocota y gritaba “¡Pum!”. Y todos a correr hacia una línea que habían trazado con los pies en el otro extremo del campo.

Una vez, el año pasado, Jesse ganó. No sólo la primera eliminatoria, sino todo, completo. Una sola vez, pero eso le había dado a probar el sabor de la victoria. Desde primero lo habían conocido como “el niñito loco que se la pasa dibujando todo el tiempo”. Pero un día, el 22 de abril, un lunes lluvioso corrió adelantándose a todos los demás, al tiempo que el lodo rojo se le metía por los agujeros de las suelas de sus tenis.

Durante el resto del día y hasta después del almuerzo del siguiente, fue “el niño más rápido de tercero, cuarto y

quinto” y eso que él iba en cuarto. El martes, Wayne Pettis volvió a ganar, como siempre. Pero este año Wayne Pettis estaría ya en sexto. Jugaría fútbol hasta la Navidad y beisbol hasta junio, con los otros chicos mayores. Cualquiera tenía la oportunidad de ser el corredor más rápido y, por la señorita Bessie, este año iba a ser Jesse Oliver Aarons júnior.

Jess movió los brazos con más energía e inclinó la cabeza en dirección a la lejana cerca. Podía escuchar a los de tercero gritando, echándole porras. Lo seguirían por todas partes, como si fuera una estrella de música *country*. Y May Belle estaría superorgullosa: *su hermano* sería el más rápido, el mejor. Eso les daría algo de qué hablar a los niños de primero.

Hasta su papá se sentiría orgulloso. Jess dio la vuelta en la esquina. No podía aguantar mucho más yendo tan rápido, pero continuó corriendo durante un rato: eso lo fortalecería. Sería May Belle quien se lo dijera a papá, y así él, Jess, no parecería un fanfarrón. A lo mejor papá se pondría tan orgulloso que, aunque fuera por un rato, se olvidaría del cansancio de su largo viaje manejando de ida y vuelta a Washington y de estar excavando y cargando todo el día. Seguro se echarían al suelo allí mismo para jugar luchitas, como lo hacían antes. Y su viejo papá se sorprendería al comprobar lo fuerte que se había puesto su hijo en el último par de años.

El cuerpo le pedía que ya parara, pero Jess se obligó a seguir. Tenía que mostrarle a su enclenque pecho flacucho quién mandaba.

—Jess —era May Belle, gritándole del otro lado del montón de chatarra—, dice mamá que vengas a desayunar ahorita. Que dejes la ordeña para más tarde.

Maldición. Había corrido demasiado tiempo. Ahora todos sabrían que había salido a correr y le darían lata.

—Sí, está bien.

Dio la vuelta, sin parar de correr, y se dirigió al montón de chatarra. Sin aflojar el paso subió la cerca, cruzó a través del montón de chatarra, le dio un golpecito a May Belle en la cabeza (¡Aaay!) y trotó hacia la casa.

—Miren, ya llegó el atleta oolímpico, sudando como una mula con las patas chuecas —dijo Ellie, dejando de golpear dos tazas sobre la mesa, de modo que el café, fuerte y negro, se derramó un poco.

Jess se apartó el pelo húmedo de la cara y se dejó caer sobre un banco de madera. Echó dos cucharadas de azúcar en su taza y sorbió, tratando de que el café caliente no le quemara la boca.

—Uuuy, mamá, apesta. Haz que se lave —dijo Brenda, apretándose la nariz con el meñique encorvado delicadamente.

—Ven al fregadero y lávate —dijo su mamá, sin quitar la mirada de la estufa—. Y apúrate, que el puré ya se está pegando en la olla.

—¡Mamá! ¡Ay, otra vez! —se quejó Brenda.

Sí que estaba cansado. No había un músculo que no le doliera.

—Ya oíste lo que te dijo mi mamá —gritó Ellie a su espalda.

—¡No lo puedo aguantar, mamá! Dile que quite su apestoso ser de este banco —dijo Brenda.

Jess se recostó y puso la mejilla sobre la madera virgen de la mesa.

—¡Je-ssee! —ahora sí, mamá lo miraba—. Y ponte una camisa.

—Sí, ma —respondió y se tambaleó hasta el fregadero. El agua que se echó en los brazos y en la cara le picaba como hielo. Su piel, caliente, vibraba bajo las gotas frías.

May Belle estaba de pie en la puerta de la cocina, mirándolo.

—Tráeme una camisa, May Belle.

Parecía como si la boca de May Belle fuera a decir que no, pero en lugar de eso dijo:

—No me deberías golpear en la cabeza —y fue obedientemente a traer su camiseta. La buena de May Belle. Si hubiera sido Joyce Ann, todavía estaría dando de gritos por el golpecito. Las chicas de catorce años eran un problema.

—Hay un montón de cosas que hacer esta mañana —dijo su mamá cuando se terminaron el puré con salsa roja. Su mamá era de Georgia y todavía cocinaba como los de allí.

—Aaay, mamá —se quejaron Ellie y Brenda al mismo tiempo. Esas chicas sabían huir del trabajo más rápido que los grillos cuando se escapaban de entre tus dedos.

—Mamá, nos prometiste a Brenda y a mí que iríamos de compras a Millsburg ahora que regresáramos a la escuela.

—¡No tienen dinero para ir de compras!

—Mamá, sólo vamos a ver qué hay —Dios mío, ojalá que Brenda dejara de chillar así—. ¡Navidad! Tú no quieres que nos *divirtamos* nada.

—Nos divirtamos —corrigió Ellie remilgosamente.

—Tú cállate.

Ellie la ignoró:

—La señorita Timmons va a venir a recogernos. El domingo le dije a Lollie que sí. Me sentiría mal si ahorita le tuviera que llamar para decirle que, a la mera hora, dijiste que no.

—Ay, está bien. Pero no tengo nada de dinero que darles.

“Nada de dinero”, algo susurró dentro de la cabeza de Jess.

—Ya sé, mamá. Sólo tomamos los cinco dólares que papá nos prometió. Nada más.

—¿Cuáles cinco dólares?

—Ay, mamá, ¿ya no te acuerdas? —dijo Ellie con una voz más dulce que un chocolate derretido—. Papá dijo la semana pasada que las niñas íbamos a necesitar gastar *algo* en cosas de la escuela.

—Tómalo, pues —dijo mamá con enojo y tomó el monedero de vinilo resquebrajado que estaba en la repisa sobre la estufa. Contó cinco billetes arrugados.

—Mamá —Brenda comenzó de nuevo—, ¿nos das uno más? ¿Para que cada una tenga tres?

—¡No!

—Mamá, no te alcanza para nada con dos cincuenta. Un paquete chico de hojas de cuaderno cuesta...

—¡No!

Ellie se puso de pie ruidosamente y comenzó a recoger la mesa.

—Te toca lavar, Brenda —dijo en voz alta.

—Aaaaay, Ellieeee...

Ellie le pegó con una cuchara. Jesse vio cómo la miraba. Brenda interrumpió su gemido a la mitad, cuando estaba saliendo de su boca pintada de rosa brillante. No era tan lista como Ellie, pero hasta ella sabía que había un límite que mamá no podía cruzar.

Y eso, como siempre, dejaba a Jess a cargo de todo el trabajo. Mamá nunca mandaba a las pequeñas a ayudar, pero, si él lo hacía bien, solía lograr que May Belle hiciera algo. Apoyó la cabeza sobre la mesa. La carrera de esa mañana lo había aniquilado. Por el oído que no estaba del lado de la mesa le llegó el ruido del viejo Buick de los Timmons —“Necesita aceite”, diría papá— y el zumbido alegre de voces a través del mosquitero de la puerta mientras Ellie y Brenda se acomodaban entre los siete Timmons.

—Muy bien, Jesse. Levanta tu flojera de ese banco. Seguro que las ubres de la señorita Bessie ya se están arrasando por el suelo. Y todavía tienes que recoger frijoles.

Flojo. Él era el flojo. Le dio un minuto más sobre la mesa a su pobre cabeza, que pesaba como plomo.

—¡Je-ssee!

—Okey, mamá, *ya voy*.

Fue May Belle quien lo fue a buscar a la parcela de frijoles para decirle que alguien se estaba mudando a la vieja casa de los Perkins, en la granja de junto. Jess se apartó el pelo de la cara y entrecerró los ojos. En efecto, un camión de mudanzas estaba estacionado frente a la puerta; era uno de esos grandes y de doble remolque. Estas personas tenían muchos cachivaches, pero no iban a durar. La de los Perkins era una de esas viejas y mugrientas casas de campo a la que te mudas porque no tienes un lugar decente adónde ir, y de donde te vas en cuanto puedes. Más tarde pensaría lo extraño que había sido que eso, probablemente lo más grande de su vida, le hubiera parecido algo sin importancia.

Las moscas zumbaban alrededor de su cara y sus hombros sudorosos. Dejó caer los frijoles en la cubeta y sacudió las dos manos.

—Tráeme mi camiseta, May Belle.

Las moscas eran más importantes que cualquier camión de mudanzas.

May Belle corrió al final del surco y le trajo su camiseta de ahí donde él la había dejado tirada horas antes. Caminó de vuelta sosteniéndola con la punta de los dedos, lo más lejos posible de ella.

—Guácala, apesta —dijo, tal y como lo hubiera dicho Brenda.

—Cierra la boca —respondió, y le arrebató la camiseta.